

SOPA DE LIBROS

Carles Cano

Columbeta, la isla libro



Ilustraciones
de Miguel Calatayud

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Carles Cano, 1990, 2021
© De las ilustraciones: Miguel Calatayud, 1990, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2021

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-8581-9
Depósito legal: M-2652-2021
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Columbeta,
la isla libro

SOPA DE LIBROS

Carles Cano

Columbeta, la isla libro

ANAYA

Ilustraciones
de Miguel Calatayud



*A Paco Giménez, por amigo,
porque ya le tocaba, ¿no?*

ADVERTENCIA

Como disfruto de una posición acomodada, gracias a una sustanciosa fortuna heredada de una lejana tía segunda que murió en circunstancias poco esclarecidas y que, de toda la familia, solo se acordaba de mí, y siendo que el trabajo siempre me ha parecido un vicio, persona virtuosa como soy, me dedico a lo que algunos, insidiosamente, calificarán de banalidades o futilidades. Entre mis aficiones se encuentra la de coleccionar toda clase de pitos y flautas. A los cuales, por otra parte, nunca he podido sacar más de dos notas seguidas. También me gustan la buena mesa, los paseos largos, con o sin perro, y los relojes de pesas, de los que tengo una interesante colección.

Pero lo que me ha hecho escribir esto ha sido mi afición por el pasado relativamente reciente y la pequeña manía de investigar anécdotas o curiosidades en las revistas de los años 50 y 60.

En una revista pseudocientífica editada por el Cromton College de Massachusetts, venía recogida una curiosa historia que parecía una de esas muñecas rusas (en realidad, son japonesas) que van una dentro de la otra y que parece que no vayan a acabar nunca: un periodista contaba la historia de un científico que contaba la historia de unas letras que al final venían a contar otra historia.

Con una estructura laberíntica tan interesante, no he podido contenerme y he añadido algunos detalles sin importancia y otra muñeca a las que ya había: esta advertencia o prólogo. Espero que eso os acabe de liar.

CROMTON SCIENTIFICAL NEWS

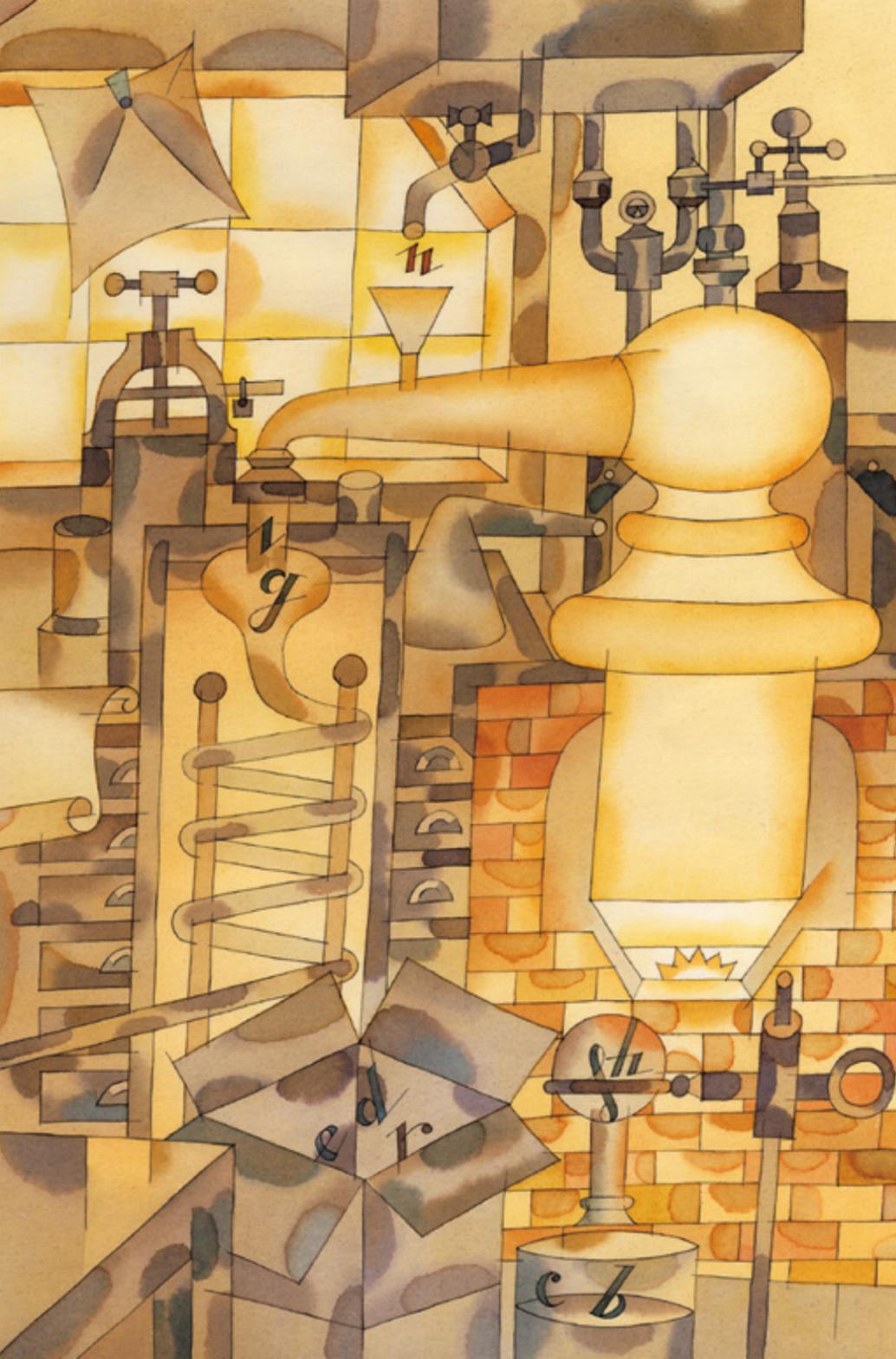
1 de febrero de 1965

Esta es una historia extraña, muy extraña, pero no por eso menos real. Tenemos noticia de ella gracias a un personaje extraordinario: el profesor Lambert Palmart, un inventor de palabras.

En una época como la nuestra en que cada día se descubren microbios nuevos, se inventan aparatos que sirven para casi todo, y nos damos cuenta de que detrás de aquel planeta que había estado tanto tiempo escondido había otro planeta escondido, esta gente, los inventores de palabras, tienen mucho trabajo, sobre todo los buenos.

Lambert era muy bueno, seguramente el mejor inventor de palabras del siglo, una leyenda viva. Por eso siempre tenía toneladas de trabajo, y digo toneladas sabiendo muy bien lo que digo, porque muchas veces le llevaban a casa naves espaciales o máquinas pesadísimas para que les pusiera nombre. A él le gustaba el trabajo, ya que lo mismo le llegaba un futbolista brasileño





que había inventado una nueva manera de tirar los penaltis, haciendo una paradita, que un tendero de ultramarinos que quería una palabra más corta para decir: «Tirar de los bigotes a mi gato Chimo». Él les solucionaba en un momento sus problemas, y tan acertadamente que todos se iban contentos y admirados de tanta habilidad y sabiduría, como evidenciaba aquel hombrecillo de pelo blanco y bigote negro.

12

El profesor Lambert, seguramente por deformación profesional, cuando acababa su horario laboral, muchas veces continuaba inventando palabras para sí mismo. Palabras que no tenían ningún significado, pero que le resultaban sugerentes.

Así, por ejemplo, pensaba en qué podría ser un Plastrufón de Melis, que por la tarde le despertaba el apetito, o un Mor-dregorg, que solo de pronunciarlo lo aterrORIZABA.

Un día, por casualidad, cuando ocioso se divertía con aquel pasatiempos suyo, encontró una palabra muy especial. Aquella palabra produjo una serie de cambios

grandísimos en la vida del profesor Lambert.

En estos momentos desconocemos esta palabra, pero, si hemos de creer las informaciones del profesor, sabemos que de alguna manera lo transportaron a un extraño mar presuntamente situado frente a las costas de China y permanentemente rodeado de nieblas, el cual no se encuentra registrado en ninguno de los mapas conocidos.

En aquel lugar ha encontrado un campo vastísimo para sus investigaciones léxicas, de las cuales ha prometido enviarnos cumplida información. Este es el primer envío, que él ha titulado:

COLUMBETA¹ Y SUS FANTÁSTICOS ANIMALES

Hace ya mucho tiempo, cincuenta años o más, un grupo de letras rebeldes huye-

¹ Nota: el nombre de Columbета es un nombre supuesto, ya que, como veréis, no podía revelarnos el nombre verdadero de la isla por diversos motivos. De todas formas, nos ha avisado en repetidas ocasiones de que no es un nombre para utilizarlo a la ligera.





ron del interior de un libro de matemáticas, angustiadas por el papel de malas de la película que siempre les tocaba hacer.

El Gran Padre Problema —el espíritu rector del libro—, al pasar revista y percatarse de su ausencia, salió a la caza y captura de las fugitivas.

El escenario donde se desarrollaba tan singular persecución no era una avenida de la metropolitana Nueva York; tampoco miles de chinos ahuecaban el ala al paso de los automóviles que chocaban contra los puestos de frutas de un mercado callejero en Hong Kong, no. Las letras saltaban y se escurrían a toda prisa por entre los libros de la gran biblioteca de la Universidad de Boston, perseguidas por los rugidos de aquel terrible monstruo, que lanzaba amenazas del tipo de:

—¡A partir de ahora trabajaréis en el Departamento de Logaritmos! ¡O, mejor todavía, haréis jornada intensiva en Trigonometría!

Gritaba esto mientras grandes carcajadas subrayaban la seguridad de su triunfo

(porque nunca, en todo el tiempo que llevaba gobernando su libro, ninguna letra había conseguido escapársele).

Pero tantos años de penurias y malos tratos habían hecho fuertes a las letras, que, aunque el miedo se les aferraba a los trazos de sus cuerpos, corrían decididas por entre las mesas, los anaqueles, las lámparas, las patas de las sillas, buscando una salida.

Aquel laberinto, que se prolongaba por salas y salas, había de tener un final y, efectivamente, lo tenía. Acababa en un callejón sin salida, una sala cerrada por grandes vidrieras modernistas que daban a un pequeño jardín. Estaban perdidas, por fin se habían acabado las salas, pero no había ninguna salida. Se escuchaban cada vez más cerca las ruidosas pisadas y carcajadas del monstruo. Buscaban desesperadamente alguna rendija, algún agujero por donde escapar al jardín, donde estarían a salvo, pero no había ninguno. Empezaban a resignarse a su destino trigonométrico cuando se dieron cuenta de

que, encima de la mesa, había un libro abierto. Un libro abierto es una puerta para las letras, así que, todas en fila india, se tiraron de cabeza al libro y se perdieron entre la espesura de palabras que lo componían.

Aquel libro era un bestiario, una de esas antiguas enciclopedias de fauna, y casi todas las letras, mejor o peor, se pudieron esconder. Como las primeras de la fila, que eran las A, empezaron a esconderse en los nombres de los animales, todas las demás siguieron su ejemplo.

Pero hubo un grupo de letras a las que no les dio tiempo a esconderse y, cuando el Gran Padre Problema llegó a la sala de las vidrieras y no encontró por ningún sitio a las fugitivas, al ver el libro abierto, se imaginó que debían de haberse escondido allí.

Empezó a buscar entre las páginas y, después de un buen rato mirándolo todo sin darse cuenta de nada, pues las letras se habían escondido tan bien que no se notaba, por fin encontró en un margen una extraña palabra. De momento se azoró

un poco, e incluso estuvo a punto de preguntarle alguna de esas tonterías que se suelen preguntar a las palabras desconocidas: «¿Ha visto pasar por aquí un grupo de...?». Pero en seguida se dio cuenta de que una palabra tal no hacía ningún papel en un libro como aquel y entonces dijo:

—¡Ya tengo unas cuantas! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!
¡«COLUMBETA»! ¡Jo! ¡Jo! ¡Qué palabra tan estúpida!

Nada más acabar de decir esto, ocurrió un hecho extraordinario: de repente, se encendieron todas las luces de la biblioteca, pero no eran las aburridas y amarillentas luces de siempre, sino luces de colores vivos que se encendían y apagaban intermitentemente y cada vez más rápido. Algunas titilaban y otras brillaban con tanta luz que reventaban. Al mismo tiempo, un rumor que parecía venir del interior de la tierra y que iba creciendo, haciéndose cada vez más audible, empezó a hacer temblar todos los muebles donde se alineaban los libros. Aquí y allá caían los



d

i.

l

lll

ll



mamotretos de los estantes. Un viento fortísimo abrió violentamente las ventanas, y los libracos y librillos comenzaron a deshojarse y las hojas a volar y a salir por las ventanas. El Gran Padre Problema estaba acurrucado en un rincón, temblaba aterrorizado, sin poder dar crédito cuando, casi a sus pies, aquel rumor, que ya era tan insoportable que amenazaba con arrancar de raíz todo el edificio, se convirtió en un agujero en el suelo que escupió mil serpentinas y confetis y, acto seguido, agujereó limpiamente la mesa donde estaba el bestiario y se lo tragó. Al momento, el agujero del suelo desapareció, y todo, como por arte de magia, quedó tranquilo.

Nada se diría que había pasado si no fuera porque, en la sección de zoología de la biblioteca, había algunos centenares de libros esparcidos por el suelo de cualquier manera y medio deshojados y, sobre todo, porque en una de las mesas de lectura se podía ver un magnífico agujero de medio metro de diámetro.

